

Abrí mis ojos... y nada estaba en donde correspondía. Había múltiples manos sobre mí, tratando de hacer cosas que no lograba entender. Alguien alzaba la voz por sobre un grito gutural, que luego comprendí que venía desde mi centro. Grité. Traté de preguntarles una y mil veces que me ocurría, quiénes eran, dónde estaba “*mi viejita*”, creo que desde que me convertí en padre de gemelas hace más de 50 años, no sentía tanto miedo. Luego de un tiempo, en donde sentía que mi esfuerzo físico no me alcanzaba para llegar a ninguna meta, también noté que mis palabras se habían diluido en algún lugar. Pensaba “*que alguien me ayude*” y salía desde mi boca unos ruidos ininteligibles. Fue tal la sensación de estar atrapado y la angustia de no poder soltarme, que unas pocas lágrimas se perdieron en mi arrugado rostro; sentí un pinchazo y luego no tengo qué relatar...

Desperté, o al menos creo que lo hice, tenía las manos y los pies “amarrados”, comprendí que tal vez la historia se repetía y estaba detenido, pero no era un calabozo, no había gendarmes, y lo que me inmovilizaba no eras esposas...

¿*Dónde estaba?*, ¿*qué había hecho?*, ¿*y mi viejita?* Desde mi boca, sé que salió sólo un desaliñado suspiro, convertido en la palabra... “*vieja...*”

Cristina me tomó la mano. La reconocí por su olor a vainilla y flores. Cristina, la más pequeña de las gemelas... siempre tibecita su piel morena... me dijo “*Papito, tranquilo, estás en el hospital. Tienes esas amarras porque quisiste pegarle a todo el mundo*” ... Respiré profundo, y traté de decirle “*hija, estaba asustado. No agredí a nadie, tú sabes que yo soy respetuoso, ¿a quién debo pedir disculpa? No era yo*”. sólo lo intenté. Cuando quise crear una palabra, mi saliva pegajosa me lo prohibió. Únicamente logré decirle, mirando sus ojos de avellana... “*¿mi vieja?*” ... y Cristina con su voz musical me dijo... “*recuerda que la mamita se fue hace un año*” ...